

Septiembre de 1984

REFLEXIONES SOBRE UN AÑO DE LUCHAS OBRERAS

SUMARIO

INTRODUCCION

En el período de tiempo que media entre el otoño de 1983 y julio de este año se han sucedido una serie de luchas obreras que configuran un panorama particularmente movido en comparación con la tónica imperante en los cuatro últimos años.

En concreto, los primeros meses del año actual han concentrado un volumen de horas perdidas por huelgas que seguramente no se había alcanzado, al menos, desde 1977.

Por su parte, la jornada del 12 de febrero sumó el mayor número de trabajadores movilizados y la mayor amplitud de sectores de la producción participantes en acciones de esas características en los últimos cuatro años.

Algunos hechos, además de los señalados, son particularmente significativos. De entre ellos destacan los siguientes:

La larga y combativa lucha de AHM, que tiene precisamente en el período citado sus momentos más culminantes (y también su finalización, al menos de momento).

La lucha, igualmente prolongada y combativa, de la construcción naval, que aún continúa en un punto alto.

Las movilizaciones jornaleras en Andalucía y Extremadura, particularmente en la primera, también con altas dosis de combatividad y desarrolladas a lo largo de varios meses.

La huelga del día 3 de febrero en Euskadi, convertida en general en algunas zonas significativas.

La huelga, relativamente larga, de la minería asturiana, en la cual se produce algo muy enraizado en su tradición y que prácticamente había desaparecido en los últimos años: los enfrentamientos con las «fuerzas del orden».

La convocatoria de huelga general, por parte de INTG, BPG y MCG, principalmente, el 14 de febrero en Galicia, saldada con unos resultados más que satisfactorios.

La Huelga General en Galicia, el 12 de julio, que afectó a gran parte de la población trabajadora.

El simple repaso de estos hechos ilustra más que suficientemente la inicial afirmación de que a lo largo de estos meses últimos se ha producido una notable reactivación del movimiento obrero, que obliga a la reflexión.

¿Qué ha impulsado esta reanimación del movimiento obrero?

¿Cuál ha sido el comportamiento de las diferentes fuerzas afectadas por la misma y qué repercusiones ha provocado sobre ellas?

¿Cómo valorar la reanimación del movimiento obrero y cuál puede ser la perspectiva de esa reanimación?

Y, finalmente, ¿qué enseñanzas proporciona la misma con respecto a nuestra actuación y qué planteamientos de cara al futuro inmediato debemos manejar?

Estas son algunas de las preguntas más importantes a las que debe hacer frente la citada reflexión y a las que tratan de responder las páginas que siguen.

LA POLITICA DEL GOBIERNO: EL CENTRO DE LA CUESTION

La causa principal de la reanimación de las luchas obreras, en efecto, reside en la política desarrollada por el gobierno del PSOE.

No es cuestión de entrar aquí al examen de esa política, bastante analizada a lo largo del último año en las páginas de Servir al Pueblo y en diversos documentos del partido.

Baste decir que, en el terreno social, se caracteriza por la agudización de los contenidos antiobreros de las precedentes. **Con rigor, se puede hablar de una derechización de la política económica.**

Instalada en los postulados básicos de las corrientes monetaristas dominantes en la mayor parte de los países del occidente capitalista, tal política ha acentuado los sacrificios impuestos a las clases trabajadoras.

Las medidas de reconversión industrial —caracterizadas, en relación con las similares acordadas en su momento por los gobiernos ucedistas, por ser más drásticas en cuanto a reducción de plantillas y también por imponerlas sin mayores preocupaciones por hacer concesiones a los sindicatos— son expresión de lo anterior y causa directa de buena parte de las movilizaciones.

Sin embargo, el puro hecho de una cierta derechización de la política gubernamental no bastaría para explicar la extensión de las luchas obreras, tras unos años de medidas semejantes acompañadas por una apatía y una desmovilización considerables. En nuestra opinión, intervienen otros dos factores que deben ser tenidos en cuenta.

De un lado, una cierta extensión, entre los trabajadores y las trabajadoras de sectores en crisis —después de varios años de prácticas pactistas infructuosas—, de la conciencia de que las soluciones «por arriba» y la negociación burocrática y claudicante no dan de sí, están más bien agotadas.

De otro lado, la generalización de una actitud decepcionada por la gestión gubernamental del PSOE. Decepción que se produce por la comprensión de que las reformas y mejoras atribuidas al PSOE, cuando éste accede al gobierno, son ridículas y casi inexistentes, mientras que sí es perfectamente existente una política de mano dura y de alineamiento con las exigencias fundamentales del capital.

En este mismo sentido han operado otras áreas de la gestión gubernamental, en las cuales se ha producido de forma escandalosa un incumplimiento de las promesas electorales. Estamos hablando, de manera particular, de la postura ante la OTAN, pero no sólo de ella, también de la escalada en gastos militares, de la política de recorte de libertades... Cuestiones, todas ellas, que han propiciado, en un grado u otro, una retirada de apoyo popular al partido gobernante.

Todo esto ha potenciado un cambio de actitud en sectores importantes del movimiento obrero, en el sentido de adoptar una disposición más favorable a la movilización. Dicho de otro modo, se ha producido una revalorización de la idea de la lucha como instrumento para hacer frente a los problemas existentes.

EL PAPEL DE CC.OO.

Otro factor que ha favorecido el incremento de las luchas obreras ha venido dado por el comportamiento de CC.OO.

Efectivamente, CC.OO., a menudo con serias contradicciones internas, ha estado presente en la mayoría de las movilizaciones de los últimos meses.

En todas las luchas citadas al principio de este escrito, a excepción de la gallega del 14 de febrero, CC.OO. ha sido una de las principales fuerzas convocantes y en la mayoría de ellas ha desempeñado el papel protagonista.

En esta actitud de CC.OO., más positiva en el impulso de luchas obreras, intervienen dos aspectos un tanto independientes, por más que en la práctica aparezcan entremezclados.

De un lado están las conveniencias del PCE. Empujado a actuar como partido de oposición para intentar recuperar terreno electoral, el PCE ha buscado —y en nuestra opinión lo seguirá buscando— en el movimiento obrero el instrumento principal, a través de la movilización, para hacerse valer como tal partido de oposición y para presionar al PSOE. Esas contradicciones internas y la formación del PC refuerzan esta orientación, buscando no dejar demasiado sitio político al último y, a la vez, evitar que la fracción de Carrillo se haga valer más dentro del partido.

De otro lado, CC.OO. se ha visto empujada por las dinámicas que se han dado en sectores del movimiento obrero al margen de la dirección del sindicato. Conscientes de que la acción de masas reforzaba su posición, han actuado en más de una ocasión buscando ponerse al frente de luchas que surgían inevitablemente, le gustasen más o menos a la dirección de CC.OO. El caso del 2 de febrero es muy ilustrativo de cuanto acabamos de decir. Esta era una movilización en favor de la cual venían operando presiones muy fuertes y autónomas con respecto a la dirección de CC.OO., aunque en buena medida no ajenas al sindicato. La gente de AHM, el Sindicato del Campo de CC.OO. y bastantes sindicalistas de la Construcción Naval andaban en eso, con el PC pensándose la jugada; entre tanto la dirección de CC.OO. vaciló un tiempo largo hasta que se lanzó a la convocatoria, entre otras cosas por miedo a que se montase algo de ese tipo sin su participación.

Más adelante veremos algunas repercusiones de todo esto en CC.OO. De momento nos limitamos a señalar su papel en las movilizaciones y las cosas que están en la base de tal papel.

CARACTERISTICAS DEL MOVIMIENTO

El movimiento de luchas obreras de los últimos meses presenta una serie de rasgos que conviene señalar.

En primer lugar, **es un movimiento que tiene como centro neurálgico la lucha contra la reconversión industrial, acompañada por las reivindicaciones más específicas del movimiento jornalero.**

Su amplitud, sin embargo, no se queda ahí. Así, se ha podido apreciar como, tras varios años de muy poca movilización, se ha desarrollado también en el terreno de la negociación colectiva y, en algunos casos, con luchas de fuerte combatividad.

Es un movimiento, por otra parte, que apunta contra la política económica y social del gobierno PSOE. Desde luego, esto es así en lo que respecta a la lucha de los sectores en reconversión y también a la lucha jornalera; pero buena parte de la lucha por los convenios incorpora asimismo este componente.

Pero, al tiempo que se dirige contra los aspectos más duros de la política que practican el gobierno y la patronal, **es un movimiento que carece de una articulación global en torno a objetivos de mayor alcance y unificadores de una acción común con mayores perspectivas,** salvo un difuso planteamiento de que se realice «una política diferente». Por establecer un paralelismo quizás un tanto forzado, se trata de un movimiento bastante diferente, en este sentido, al movimiento obrero que se desarrolla en los diez últimos años del franquismo. Aquel movimiento, a la vez que protagonizaba luchas por objetivos inmediatos, incorporaba un proyecto —más o menos limitado, esa es ya otra cuestión— de transformación del régimen político que actuaba como unificador de una buena parte de la acción; el movimiento de luchas obreras de los últimos meses, no comporta objetivos de esas características, se mueve en el terreno de lo inmediato y, en buena medida, aunque no exclusivamente, en la esfera de las reivindicaciones económicas.

Por otra parte, es un movimiento —particularmente en lo tocante a las luchas contra las reconversiones y a las del movimiento jornalero— **propicio al ejercicio de formas de acción duras y radicales.**

No es, por lo demás, un movimiento estable en lo que respecta a las partes que lo componen. Algunas, como es el caso del movimiento jornalero, son más o menos estables; otras, como los diferentes sectores en reconversión, no lo son. Así, por ejemplo, AHM es durante bastantes meses un punto central del movimiento, pero cuando se firma el acuerdo correspondiente desaparece del escenario de lucha (lo que no quiere decir, en este caso, que se haya acabado definitivamente la movilización de Sagunto). Algo semejante ocurre en el caso de ACERIALES: constituye la chispa de la movilización general de Euskadi, el 3 de febrero, pero en cuanto se aceptan las particulares medidas de reconversión, se apaga la dinámica de lucha.

Finalmente, otro aspecto digno de ser resaltado en las luchas que se han desarrollado en los meses pasados, consiste en la incorporación a bastantes de ellas de sectores indirectamente afectados y, de modo particular, la incorporación de mujeres. Grupos de mujeres —familiares de obreros directamente afectados y mujeres que no lo eran— desarrollan luchas de importancia en los casos de Aceriales, de Sagunto y otros; en las luchas jornaleras andaluzas más recientes el aumento de la participación de las mujeres ha sido un dato particularmente llamativo, actuando en ocasiones de dinamizadoras de la lucha general en algunos pueblos y haciendo fuerza contra la exclusión de las mujeres del Empleo Rural. En cuanto a la incorporación de otros sectores, tanto en el caso de Sagunto, como en el de la comarca de Vigo o en Gijón, la lucha contra los cierres de empresas y la reducción de plantillas ha involucrado en varias ocasiones a todos los sectores populares.

EFECTOS DEL MOVIMIENTO SOBRE DIFERENTES ORGANIZACIONES Y PAPEL JUGADO POR ESTAS

En primer lugar sobre el gobierno del PSOE. Si el movimiento de luchas obreras ha sido en buena parte fruto de la antipopular política económica desarrollada por el gobierno, sus efectos se han traducido en una considerable **ampliación de la separación existente entre el gobierno y amplios sectores de las clases trabajadoras.**

El movimiento de luchas obreras ha supuesto un notable desgaste gubernamental. Ha contribuido decisivamente a extender la conciencia de que la política gubernamental es fiel a las exigencias capitalistas y golpea con dureza a las clases trabajadoras. Ha dado fuerte impulso a la idea de oposición a esa política y a revalorizar la movilización contra ella.

A lo largo de los meses pasados se ha podido apreciar, por ejemplo, cómo las luchas de resistencia a la aplicación de las medidas de reconversión industrial han ejercido un papel estimulante sobre otras áreas de la acción sindical, particularmente sobre la negociación de los convenios; y como todas ellas se han empapado de una idea, más o menos sólida, de oposición al gobierno, convirtiéndose éste en un blanco principal de las movilizaciones.

Si comparamos la situación existente a principios de 1983 con la vivida en el invierno y la primavera últimas podemos apreciar en toda su dimensión lo ahora dicho. Mientras en el primer caso las ideas de resistencia y oposición al gobierno carecían de audiencia y se enfrentaban a un clima general de credibilidad en la gestión gubernamental, en los meses últimos encontramos más bien lo contrario: audiencia de esas ideas, y relativa facilidad para traducir las mismas en acción.

Ciertamente, el movimiento no ha hecho tambalear al gobierno, no ha llegado a tanto, pero sí le ha colocado en ciertos momentos en una situación muy defensiva, particularmente a raíz de la movilización del 2 de febrero, y le ha obligado en ciertos casos —el más significativo de ellos, el de AHM— a hacer concesiones que no estaban ni mucho menos en su ánimo.

En este mismo orden de cosas, podemos atribuirle al movimiento también unos **efectos de cierta consideración en lo que se refiere al deterioro de la práctica**

del pacto social, instrumento éste bastante conveniente para la aplicación de la política gubernamental. Si la dirección de CC.OO. se muestra reticente a implicarse en un nuevo acuerdo de esas características, ello es producto muy directo de las luchas desarrolladas a lo largo del último curso; dicho de otro modo, del entendimiento de que hay puntos de apoyo obrero suficientes para ir contra corriente de tal acuerdo y de que, al mismo tiempo, meterse en él le acarrearía desprestigio y distanciamiento de sectores nada despreciables en cuanto a su amplitud.

En cuanto a **UGT, básicamente ha actuado en contra del movimiento.** Cierto es que en ocasiones ha participado en las movilizaciones, en evitación de males mayores. Pero, principalmente se ha dedicado a frenar las luchas y a animar el esquirolaje puro y simple. En definitiva, ha desempeñado, y seguirá desempeñando, un papel asignado de antemano y que no ha producido ninguna sorpresa: hacer de sostén a la política gubernamental.

Importa resaltar que, en el cumplimiento de ese papel, la UGT ha sufrido un desgaste de consideración. Si, hasta finales de 1982 al menos, UGT experimenta un crecimiento de influencia y apunta a consolidarse como primera fuerza sindical, esa tendencia se ha invertido y hoy se encuentra en retroceso progresivo. De celebrarse ahora las elecciones sindicales, parece claro que el triunfo de CC.OO. sería holgado; la decisión gubernamental de retrasar dos años su realización no es ajena a este cálculo.

Al tiempo que un desgaste de UGT, las luchas obreras de los últimos meses han potenciado el desarrollo de contradicciones en su interior, y entre el sindicato y el gobierno. Las presiones ugetistas para hacer saltar del Gobierno a algún ministro —Solchaga, en particular— son expresión de esto último. Con todo ello, se ha deteriorado en cierta medida uno de los instrumentos —la central socialista— importantes en la aplicación de la política gubernamental.

Ya hemos señalado el papel que CC.OO. ha desempeñado en las luchas de los últimos meses. **Su comportamiento presenta dos caras: de un lado ha estado mayormente con el movimiento y lo ha impulsado; de otro, se ha dedicado en más de una ocasión** —como en las de Sagunto, Aceriales o las propias luchas jornaleras— **a frenar el desarrollo de las luchas y ha conducido algunas de ellas —o ha ayudado a conducirlas— a desenlaces que han tenido bastante de capitulaciones.**

En líneas generales CC.OO. ha salido fortalecida de la experiencia. Ha invertido la curva descendente de los últimos años y ha recuperado influencia. Antes señalábamos que de hacerse en estos momentos las elecciones sindicales se saldarían con un triunfo de CC.OO.; los resultados de Seat, por poner un ejemplo reciente y significativo, son bastante esclarecedores.

Ahora bien, este fortalecimiento de CC.OO. va acompañado por un crecimiento de las contradicciones en su interior. A la diferenciación un tanto «clásica» entre la línea oficial y predominante y la que representan sectores como nosotros y próximos a nuestros planteamientos y, a otro nivel, la corriente PC, hay que sumar ahora las fisuras surgidas entre la propia gente del PCE, línea oficial, por un lado, y «carrillistas», por otro. Todo ello dentro de un desplazamiento general hacia la izquierda en el que, por supuesto, intervienen intereses puramente electorales del PCE, con todo lo que implican de poca solidez en los planteamientos más favorables a la movilización y a la acción opositora. Pero también hay que tener en cuenta que este desplazamiento hacia la izquierda es en cierta medida fruto de la presión de un movimiento real de base.

Por su parte, los sectores de izquierda sindical han acertado, en general, a orientarse en las luchas. En algunas ocasiones —de ellas las más significativas han sido la convocatoria de huelga general en Galicia, el 14 de febrero, y el trabajo para convertir en huelga general el llamamiento de Euskadi, el 3 de febrero— han desplegado iniciativas autónomas que se han saldado con éxito y que han combinado la audacia con una buena apreciación de las disponibilidades existentes para la lucha. En general, el movimiento de luchas también ha servido para dinamizar a los sectores de izquierda, para hacerles ganar en seguridad en sus planteamientos y también en capacidad de iniciativa. En algunos casos —quizás el más representativo sea el del movimiento jornalero andaluz— se aprecia un crecimiento apreciable de la izquierda sindical, unido a una extensión, más allá de sus propios límites, de parte de sus planteamientos. Esto, sin embargo, no constituye un fenómeno general, no dándose notables ampliaciones de los efectivos y de las agrupaciones de gente de izquierda. En fin, en el sostén de buena parte de las luchas, la gente de izquierda ha desempeñado un papel de primera línea que, aunque no se haya traducido en esa ampliación a la que ahora mismo nos referíamos, ha contribudo a ampliar sus lazos con la gente.

PERSPECTIVAS DEL MOVIMIENTO

Hasta aquí hemos examinado las características del movimiento de luchas obreras desarrollado en los meses pasados, así como las repercusiones del mismo en diferentes planos.

Llegado este punto, es cuestión de plantearse las perspectivas de futuro que cabe manejar con respecto a él. Más concretamente, las perspectivas presumibles de cara al próximo año.

A este respecto, no faltan ideas que tienden a considerar al movimiento desarrollado como un fenómeno sin continuidad, una vez que algunos de los sectores de mayor envergadura entre los afectados por la reconversión hayan entrado en la aceptación, más o menos impuesta, de las «soluciones» gubernamentales.

Por el lado contrario, se dan en ocasiones valoraciones en exceso optimistas, que tienden a ver en las luchas recientes un comienzo de la recuperación del movimiento obrero, en progreso creciente y superador de la actual situación de reflujo.

En nuestra opinión, ninguna de esas opiniones se ajustan del todo a la realidad.

Pensamos que resulta exagerado ver en las luchas recientes un «resurgir» del movimiento obrero, orientado ya a una dinámica progresivamente ascendente.

En el mejor de los casos, en efecto, es demasiado corta la experiencia para llegar a tal conclusión.

Más aún, algunas de las características del movimiento, apuntadas más atrás, obligan a tener un punto de vista menos optimista, más prudente. Así, la señalada inestabilidad de algunas partes integrantes del movimiento y claves en momentos concretos de él, como son parte de los sectores en reconversión. Así también, la falta de articulación en un proyecto común de mayor alcance, a la que nos hemos referido anteriormente.

En este mismo orden de cosas, hay que apuntar un hecho que se ha podido apreciar en buena parte de las luchas. Hablamos de sus limitaciones de cara a generar o regenerar una vanguardia que se vincule a un proyecto ideológico-político de alcance general a través del cual adquiera continuidad su actuación como vanguardia. La mayor parte de las luchas recientes han dado o dan muy poco en este sentido; es poca la gente en la que se despierta el interés por un mayor grado de actividad política y por la militancia partidista, tanto en los partidos de orientación revolucionaria como en los reformistas.

Finalmente, hay que señalar en este mismo orden de cosas el predominio que en el movimiento siguen ejerciendo las posiciones más reformistas, particularmente las del PCE y la línea mayoritaria en CC.OO., por más que en este terreno se hayan dado algunos cambios positivos, aunque de pequeña envergadura.

Nos parece que todo ello tiene un peso lo suficientemente fuerte como para no echar las campanas al vuelo.

Ahora bien, este punto de vista no equivale al que atribuye al movimiento un carácter pasajero carente de continuidad inmediata.

En efecto, pensamos que los factores que han dado vida al movimiento van a seguir operando con similar fuerza y que es de esperar un nuevo curso en el que las luchas obreras vuelvan a reproducirse con cierta fuerza.

Por un lado, no es de esperar que la política económica del gobierno vaya a experimentar cambios apreciables. Si bien es una práctica habitual, en las épocas de «vacas flacas», que los partidos en el gobierno se dediquen al final de cada legislatura a hacer una política menos dura momentáneamente con el propósito de recuperar votos, no creemos que en esta ocasión vaya a ocurrir algo semejante. Efectivamente, el PSOE parece lo suficientemente comprometido con una política de palo y tentetieso, como para que ni la proximidad de unas nuevas elecciones le lleven a introducir cambios en esa política que la hagan más digerible para las clases trabajadoras. En este sentido, las agresiones a las clases trabajadoras van a continuar con igual o superior fuerza, generando motivos de protesta y de lucha.

Las propias energías liberadas por las luchas pasadas, aún con todas las limitaciones que se puedan atribuir a las mismas, no se han agotado, ni mucho menos, y constituyen un punto de partida para nuevas movilizaciones, por más que algunos sectores protagonistas de parte de ellas (caso de la siderugia) hayan pasado a una situación de menor movilización o incluso de desmovilización.

Finalmente, tampoco pensamos que vaya a variar apreciablemente el comportamiento de CC.OO. Ciertamente, resta la incógnita de su actitud ante el nuevo pacto social, pero, por las razones que ya hemos expuesto anteriormente, consideramos improbable su implicación en él. Más aún, en el caso de que lo hiciese nos encontraríamos con que partes importantes del sindicato se orientarían en la acción sindical con ideas desacordes con el pacto y, cuando menos parcialmente, enfrentados directamente a él.

Así pues, pensamos que en líneas generales se mantendrá la dinámica de luchas obreras. Su fuerza, en relación al curso pasado, es difícil de predecir. La firma de un pacto social, en principio, actuaría en contra del movimiento, más si la dirección de CC.OO. se compromete en él, está claro. ¿Hasta qué punto actuaría? Eso

ya es más complicado; dependerá de la agitación en contra por parte de CC.OO., si no firma; al mismo tiempo es posible que su existencia radicalice el comportamiento de los sectores que están en contra de él...

ALGUNAS ENSEÑANZAS PARA NUESTRO TRABAJO

En líneas generales, el partido y sus militantes se han comportado positivamente en el proceso de movilizaciones obreras; hemos estado presentes en las luchas que tocaban, se ha desplegado combatividad y también iniciativas políticas de interés, si bien, como luego veremos, no todas las que cabían.

Sin embargo, la experiencia de los últimos meses ha permitido apreciar la existencia de algunas ideas y de algunas actitudes nada positivas y que en ocasiones han supuesto entorpecimiento para nuestro trabajo. Si bien es cierto que buena parte de esas ideas y actitudes erróneas han sido materia de discusión y de corrección en la práctica, particularmente en algunas organizaciones del partido, no está demás realizar un breve repaso de las mismas, con el ánimo de favorecer una discusión más detenida.

En primer término, se ha evidenciado **el peso de una cierta inercia,** derivada de la época pasada con pocas luchas obreras. En algunos casos ha costado entrar en la dinámica de movilizaciones. Dicho a la pata la llana, se ha evidenciado un cierto «desengrase» del partido; ha faltado agilidad en ocasiones, el despliegue de iniciativas ha chocado con algunos obstáculos internos...

A veces, se han registrado **actitudes de falta de confianza en las capacidades de lucha obrera.** Esa desconfianza no es ajena, al menos en parte, a una concepción un tanto mecanicista de la situación de reflujo del movimiento obrero. Cuando a comienzos del otoño pasado valorábamos que se iba a dar un curso movido de luchas obreras, no faltaban en el partido quienes recibían con escepticismo tal valoración; incluso en algún caso, después de diversas movilizaciones de cierta envergadura, y ante el planteamiento de ciertas iniciativas de lucha, alguna gente adoptaba posturas reticentes, por considerar que tales iniciativas no iban a encontrar eco, dada la situación de «desmovilización» de la clase obrera.

Estas dos cuestiones se han traducido en ocasiones en falta de suficiente decisión de cara a las luchas, y han supuesto frenos de alguna importancia para el trabajo del partido.

Por otra parte, se han podido apreciar también algunas **actitudes reticentes a la participación entusiasta y decidida en las luchas, por el papel protagonista que en ellas tenía la línea oficial de CC.OO., y en ocasiones CC.OO., sin más.** Detrás de esas actitudes existe un pensamiento que podemos retratar así: «CC.OO. impulsa las luchas por motivaciones no muy sanas, tras ellas están intereses electorales muy coyunturales y oportunistas del PCE; su posición favorable a las movilizaciones puede convertirse muy rápidamente en la contraria, dejando las luchas en la estacada y utilizando el capital creado para hacerse valer en la negociación de un nuevo pacto y provocando así de nuevo el queme de sectores de vanguardia... en consecuencia, no nos metamos demasiado en ese lío o, en todo caso, no nos metemos sin poner por delante una 'alternativa' propia». Como se puede apreciar, tales plantea-

mientos incurren en errores de bulto —uno de ellos, quizás el más significativo, es el de no valorar que siempre es mejor la existencia de luchas con alguna carga de izquierda que la falta de luchas, y que nuestra capacidad de transformación de la realidad en sentido positivo se hace mayor con su existencia que en su ausencia— y conducen a una parálisis sumamente perjudicial.

En este mismo orden de cosas, se han registrado algunas ideas que quitan importancia a las luchas obreras desarrolladas, en función de las limitaciones de las mismas. Así, el carácter defensivo que en muy buena medida tiene el movimiento se convierte en argumento para restar entusiasmo a la participación en él. De la misma manera, se tiende a veces a hacer una valoración negativista de algunas luchas particularmente importantes, atribuyéndoles el calificativo de «fracasadas» porque al final se han impuesto las posiciones gubernamentales o de la patronal, sin valorar el papel reanimador que han ejercido sobre otros sectores de la clase obrera, la combatividad desplegada, la labor de denuncia antigubernamental y anticapitalista que han desarrollado, e, incluso, en algunos casos, las pequeñas y parciales victorias alcanzadas. En todo esto apreciamos una visión idealista del movimiento obrero y de la posible recuperación del mismo. Se estaría a la espera de la «reactivación de verdad» y, entre tanto, lo que verdaderamente existe no merecería mayormente la pena.

Pensamos que más bien es cosa de desterrar de nuestras cabezas semejantes planteamientos. Si somos realistas, **hay que entender que por un tiempo de duración difícil de calcular, pero nada corto en el mejor de los casos, con lo que nos vamos a encontrar es con cosas como las que hemos conocido en el último período, esto es: fases de desmovilización y fases de luchas obreras de mayor o menor envergadura, que configuran un movimiento de oposición, bastante limitado en sus alcances pero que liberan energías combativas más o menos amplias.** Nuestra misión es aprovechar al máximo esas situaciones, metiéndonos hasta el cuello en las luchas, sacándoles todo el partido posible y conscientes de que ese partido no puede ser sino más bien modesto.

En este capítulo de cosas cabe registrar también la existencia de **actitudes que reflejan unas miras estrechas, un localismo exagerado.** Así, la ausencia de movilizaciones fuertes en algunas zonas ha llevado a pensar que en ellas nada cambiaba, aún cuando en otras partes se estuvieran dando luchas de envergadura. En consecuencia, tampoco cabía plantearse cambiar la actuación del partido. Evidentemente, las cosas nunca son así y la experiencia concreta muestra que tampoco en esta ocasión lo han sido. Lo cierto es que las luchas de oposición a la reconversión, las primeras producidas, han tenido efectos considerables, como era previsible, sobre la conciencia de la gente. Si la negociación de los convenios, por poner el ejemplo más significativo, se ha desarrolladó con una conflictividad notable ello tiene mucho que ver con esos efectos en la conciencia de la gente que han ejercido otras luchas, en ocasiones alejadas geográficamente. Una cosa es tener en cuenta que el movimiento se desenvuelve en forma desigual, lo cual es completamente cierto, y otra no tener en cuenta que con el movimiento general se ponen en alza las actitudes más favorables a la movilización y que el trabajo del partido, en consecuencia, ha de tener en cuenta eso y moverse en la buena dirección.

MIRANDO HACIA ADELANTE

De todo lo dicho hasta aquí deducimos algunas conclusiones a tener presentes en nuestro trabajo.

En primer lugar, una reflexión sobre nuestra táctica sindical. En nuestra opinión no hay razones para modificar sensiblemente la misma, particularmente en lo que se refiere a la distribución de efectivos dentro y fuera de CC.OO. Hay que seguir en la línea trazada y tratar de hacerlo lo mejor posible.

Ahora bien, pensamos que conviene tener presente la particular situación existente dentro de CC.OO., así como el particular peso que el sindicato ha tenido en las luchas y que previsiblemente seguirá teniendo y la lucha de líneas diferentes que se desarrolla dentro de ellas. Creemos que hay algunas razones más de las normales para prestar atención a la marcha de CC.OO. y para actuar en su interior. En este sentido, si bien no consideramos que convendría hacer volver a CC.OO. cosas que están fuera, sí **nos parece necesario medir con particular cuidado nuevos pasos de sacar gente fuera de CC.OO.**; no se trata de excluirlo por completo —puede haber razones de suficiente peso que así lo aconsejen—, pero sí de medirlo mucho.

Por lo demás, hemos de ser conscientes de que vamos a sufrir una cierta presión —la estamos sufriendo ya— sobre nuestra táctica, en el sentido de hacer valer la mayor «rentabilidad» del trabajo dentro de CC.OO. En consecuencia, **conviene prestar atención a este hecho y reforzar nuestros argumentos, actualizándolos a la luz de las cosas que están pasando.**

Por otra parte, **hay que reforzar la actitud de participar entusiasta y decididamente en las luchas, así como el espíritu de iniciativa y la audacia.**

Experiencias como las de Euskadi, el 3 de febrero, y la de Galicia, el 14 del mismo mes, muestran claramente que la izquierda, en ocasiones, puede impulsar iniciativas propias de cierta envergadura. A escala más reducida esto puede repetirse en más de una ocasión.

En consecuencia, el partido debe esforzarse por medir bien la situación existente en cada momento, la capacidad de lucha existente, y atreverse a impulsar iniciativas de masas protagonizadas por la izquierda.

Todo esto, por lo demás, refuerza la necesidad de atender al trabajo de agrupación y unificación práctica de la gente de izquierda. No hay que descartar, incluso, la posibilidad de que en algún momento sea posible lanzar iniciativas de lucha o de propaganda por parte de la izquierda más allá del marco de una nacionalidad o de una región; en este sentido, conviene recordar los intentos, después frustrados, que en esa dirección se dieron en la primavera pasada, con la gente de AHM como centro de la idea.

Una tercera cuestión hace referencia **al trabajo dirigido a dar más contenido político al movimiento. En este sentido, pensamos que hay que reforzar la propaganda escrita.**

En ocasiones se ha planteado una cuestión que nos parece un tanto descaminada. Es la de sí nuestra línea de agitación y de propaganda no se escora excesivamente hacia la denuncia del gobierno PSOE —aún valorando positivamente esto— y desarrolla pocos contenidos anticapitalistas.

Más bien pensamos que no. Que está bien colocar al gobierno como blanco principal, insistiendo en su papel de completa identificación con los intereses capitalistas, de gestor de los mismos y de nuestra radical oposición a ellos y a quien los ejecuta. Planteado en grueso, esa es la línea a seguir.

Dentro de ello, conviene pegar fuerte a algunas ideas centrales:

—a la presión ideológica favorable a la reconversión y a los argumentos en los que la misma se apoya. Venimos haciendo cosas en este sentido, y hay que hacer más;

—a la relación entre la política económica descaradamente antipopular y el reforzamiento de la opción atlantista y la escalada armamentista;

—a la relación existente entre esa política económica y la política represiva y de restricción de las libertades (véase, como ejemplo, toda la cuestión de la seguridad ciudadana);

—finalmente, a la propaganda contra las ideas de fondo que mandan en los planteamientos del capital y del gobierno y en favor de una política económica diferente (las enmiendas al congreso de CC.OO. apuntan en esta dirección).

Dentro de este capítulo de cosas, consideramos de importancia atender a la propaganda, y a la práctica, contra las divisiones entre unos sectores y otros de las clases trabajadoras. Diversas medidas del gobierno —como el desarrollo de las fórmulas de contratación en precario, las introducidas en el Empleo Rural, y otras— tienden a agudizar esas divisiones. Desarrollar las ideas en favor de la unidad y denunciar a quienes siembran la división, es una tarea importante.

En particular, es necesario mantener —más aún, reforzar— la atención a la problemática específica de la mujer trabajadora, particularmente en lo relativo a la defensa de los puestos de trabajo, a la igualdad salarial y de prestaciones diversas... No nos extendemos en esto; remitimos al tratamiento que a ello se da en la resolución política del último congreso.

Una cuarta cuestión tiene que ver con la participación del partido, globalmente, en el movimiento de luchas obreras.

No se nos escapa la difícil traducción de esta idea, pero queremos poner énfasis en el hecho de que ese movimiento, constituye, junto con el movimiento anti-OTAN, la principal oposición de masas al gobierno, y a todo lo que representa, en estos momentos. Nos parece necesario por tanto que los comités del partido, a los diferentes niveles, tomen el asunto en sus manos, lo sigan de cerca y se esfuercen por dirigir en concreto.

Otra cuestión que nos parece de importancia es **la de la lucha ideológica contra otras corrientes de oposición al gobierno.** Al momento presente, la idea de «resistencia» se empieza a desvalorizar como definitoria de cualquier cosa, al apuntarse a ella gente de lo más variopinta, «carrillistas» incluidos. Hace falta, pues, un mayor esfuerzo por explicar lo que nos es propio y por trazar fronteras políticas con posiciones reformistas que cogen esa bandera; ello pasa, evidentemente, por la crítica a esas posiciones.

Una quinta cuestión tiene que ver con el trabajo de captación. **Las luchas obreras, aún con las limitaciones que ya hemos comentado más atrás, constituyen uno de los manantiales en los que apoyarnos para atraer gente al Partido.** Sin embargo, pensamos que muy a menudo nuestra participación en las luchas no lo tiene suficientemente en cuenta; se descuida en exceso este trabajo y nos metemos en el activismo puro y simple. Creemos que debe reforzarse la conciencia de que una

de las cosas más importantes a atender en las luchas es precisamente la del crecimiento del círculo de influencia del partido. No es correcto dejar el trabajo de captación para después de que las luchas hayan acabado, y esto se hace con una frecuencia lamentable; es en el calor de las luchas cuando hay que atender sobre todo a ganarnos políticamente a la gente que se acerca a nuestras posturas, que pelea a nuestro lado y que nos mira con simpatía.

Una última cuestión, se refiere a la **necesidad de desplegar iniciativas políticas directamente partidistas. Esto se ha atendido bien en algunos casos, y menos bien en otros.** Tenemos que plantearnos que, al calor de la movilización obrera, el partido aparezca y manifieste sus puntos de vista. Esto puede pasar por una campaña general del partido, y es algo a tener muy en cuenta, pero sobre todo pasa porque cada organización, en función de la situación particular existente, lo haga.

30 de julio de 1984